

Discurso de aceptación

21 de septiembre de 2021

Michael N. Hall, galardonado en la categoría de Biología y Biomedicina (XII edición)

Es un inmenso honor y me complace enormemente recibir el prestigioso premio de la Fundación BBVA Fronteras del Conocimiento en Biología y Biomedicina. También estoy profundamente agradecido: es especialmente gratificante que la Fundación BBVA reconozca explícitamente el conocimiento. Como científicos y académicos, mis compañeros premiados y yo hemos dedicado nuestra vida a la adquisición de conocimiento. Además, en esta época, cuando tan a menudo se niegan la ciencia y los hechos mientras nos enfrentamos al azote doble de una pandemia y el cambio climático, el conocimiento es más necesario que nunca. Agradezco y felicito a la Fundación BBVA por su visión al celebrar el conocimiento.

La importancia del conocimiento y su adquisición me la inculcaron mis padres al enviarnos a mis hermanos y a mí cuando éramos pequeños a estudiar al extranjero: en otras palabras, nos mandaban lejos para que adquiriéramos conocimientos. Lamento que mis padres no estén aquí hoy, especialmente mi madre, que en 1934, con solo 18 años, también dejó a su familia en Estados Unidos para estudiar en la Universidad de Madrid. Mi larga fascinación por la ciencia se reavivó en la facultad cuando hice mi primer descubrimiento y descubrí algo desconocido hasta ese momento. En suma, vi que era capaz de crear nuevos conocimientos, aunque no fueran de gran interés para más gente. Esto me llevó a mi carrera académica en la Universidad de Basilea, donde llevo treinta años disfrutando del privilegio de dedicarme a la investigación impulsada por la curiosidad. También he tenido la suerte de poder generar nuevos conocimientos que no solo me interesan a mí, sino también a los demás. Descubrimos una vía bioquímica central que controla ampliamente el crecimiento celular; por ejemplo, el crecimiento de un muchacho, o incluso el de un insecto, una planta o un gusano. Esta misma vía, cuando se ve alterada, ya sea por una mutación genética o por la mala alimentación, puede provocar muchas enfermedades, entre ellas el cáncer, la diabetes o los trastornos mentales. Las implicaciones biomédicas de este nuevo conocimiento son que ahora sabemos más de muchas enfermedades a escala molecular y, muy importante, de cómo tratarlas. El verdadero reto es aplicar nuestros nuevos conocimientos a aliviar el sufrimiento causado por la enfermedad, mejorando así la condición humana. A esto pienso dedicarme en los próximos años.

Ahora me gustaría abordar la parte más importante de lo que tengo que decir hoy. Lo que tengo que decir puede condensarse en una sola palabra, y esa palabra es gracias; pero como tengo que dar las gracias a muchas personas, me harán falta varias palabras.



21 de septiembre de 2021

En primer lugar, quiero expresar mi profunda gratitud a la Fundación BBVA. El premio Fronteras del Conocimiento es un galardón especial, como lo demuestra la lista de premiados, anteriores y actuales. Doy las gracias a la Fundación BBVA y al comité de selección por reconocer nuestro trabajo. No hay nada tan gratificante para un científico como el reconocimiento de sus colegas de profesión.

A lo largo de mi intervención, me he referido a “nuestro” trabajo, pero el trabajo es, por supuesto, el de los muchos y brillantes estudiantes, becarios postdoctorales y personal de apoyo con los que he tenido la suerte de contar como colegas y a quienes también debo una enorme gratitud. Doy las gracias a todos ellos, pasados y presentes, por haber hecho posible esta travesía. Sin duda, hoy estoy aquí gracias a ellos.

También quiero dar las gracias a la Universidad de Basilea, y concretamente a mi instituto anfitrión, el Biozentrum, por sus 34 años de apoyo inquebrantable.

A continuación, quiero dar las gracias a mi país de adopción, Suiza. Suiza es un pequeño país sin salida al mar y con pocos recursos naturales, por lo que invierte mucho en educación, investigación e innovación. Soy muy afortunado por haberme beneficiado de la visión de futuro de su política.

Y lo último, pero no por ello menos importante, quiero dar las gracias a mi familia, y en especial a mi esposa Sabine. Tener un científico de marido o de padre no es fácil. Los científicos estamos fuera, física o mentalmente, la mayor parte del tiempo. Voy a citar al filósofo de la ciencia Jacob Bronowski, que lo describe muy bien: “Como profesión, la ciencia atrae a hombres de temperamento serio, torpe y absorto”. Puede que estas cualidades sean buenas para un científico, pero no para un marido. Por eso, doy especiales gracias a Sabine, no solo por aguantar mis ausencias, sino también por los 40 años de apoyo que han hecho posible todo esto. Quiero reiterarlo: esto no habría sido posible sin ti. Gracias.